5.- El reverendo Sung-Rok

Los días que siguieron me concentré en aprender de El todas las labores de la granja, desde guiar el caballo hasta hacer las veces de pastora. El solía pagarle a un chico para que llevara las ovejas a pastar pero el chico había caído enfermo, así que yo me convertí en su reemplazo temporal. De algún modo, a pesar de la gran cantidad de trabajo que debíamos realizar entre ella y yo, me sentía más lleno de energía que nunca. Los animales, por su parte, me comunicaban sin problema lo que necesitaban por medio de sonidos o gestos y se sometían sin que yo tuviese que forcejar con ellos en ningún momento. Yo se lo atribuía al hecho de que jamás había temido a las ratas, a los reptiles o a los arácnidos: sabía dominarlos sin hacerles daño, para estudiarlos de cerca, con el fin de gastarle bromas a YeJi. El, sin embargo, insistía en que mi habilidad para lidiar con los animales no se derivaba únicamente de la práctica científica o lúdica y repetía que incluso las gentes nacidas en el campo encontraban ciertas dificultades cuando se trataba de cuidar a sus animales.

—Ellos te entienden —decía, sonriendo con satisfacción —¡No sé cómo lo haces! ¡Este caballo es usualmente muy testarudo! —Se refería a Berz, el único caballo de la granja, el cual, según ella, solo frenaba o trotaba cuando debía hacerlo si yo lo guiaba. Como no había tenido la oportunidad de cabalgar antes, no tenía punto de comparación, pero siempre me habían gustado los caballos que arrastraban los coches de la gran ciudad, así que para mí no había gran diferencia entre Berz y los anteriores.

—Yo tampoco sé cómo lo hago, mama El, solo sé que lo hago y me gusta.

—Siempre paso al menos una hora intentando ensillarlo, y amenaza con tumbarme varias veces antes de montarlo. A ti, en cambio, parecía invitarte a subir —Estábamos fuera de la propiedad y era hora de enganchar a la montura de Berz una pequeña carreta que debía transportar los panes y los quesos hasta Dobro. El quería dirigir el caballo pero la convencí de que sería capaz de guiarlo desde la butaca, con ella sentada a mi lado. Hice que el caballo descendiera hasta el cruce de caminos por una senda lateral de la propiedad que surcaba una porción menos densa del bosque y, como Berz continuó comportándose bien, El se tranquilizó. Era sábado en la mañana y, aunque el sol brillaba, aún no hacía calor. Supe que iba a ser un día espléndido y seguí las indicaciones de El, haciendo que Berz girase en la dirección indicada. Pronto dejamos atrás el roble herrado y nos enfrascamos en una amena conversación. Aunque nunca había sido reservado con El, no le referí lo que me había acaecido fuera del establo días atrás, no porque mi buena nana no fuese enteramente digna de mi confianza ni porque creyese haber sido víctima de una alucinación, sino porque la naturaleza de lo experimentado me parecía más personal que nada de lo que hubiese vivido hasta ese momento, tanto así que había llegado a recordarlo como un instante casi sagrado. No había logrado discernir lo que me observaba desde la colina en aquella ocasión, pero las posibilidades eran tan diversas que había concluido que era mejor no pensar demasiado en ello. Si se trataba de Chort, Youn Yuh-jung o algún mezquino espíritu de la naturaleza, había logrado ahuyentarlo y confiaba en poder hacerlo de nuevo del mismo modo si la ocasión se presentaba. No había tenido nuevas pesadillas con la bruja y estaba de excelente humor. El camino hacia Dobro rodeaba las montañas de Vršac, y sus árboles antiguos sombreaban nuestra vieja carreta mientras pasábamos los campos de trigo que maduraban al otro lado. El me contó que la población de Dobro era muy diversa y se componía de alemanes, eslovacos, húngaros y serbios protestantes, húngaros católicos,

rumanos de la Iglesia Ortodoxa Rumana y otros serbios que, como El, pertenecían a la Iglesia Ortodoxa Serbia. Había también un par de familias hebreas que practicaban el judaísmo. Para entonces, la mayoría musulmana de la ocupación otomana había huido de Voivodina en su totalidad, dejando influencias musicales, lingüísticas y culinarias en la región. No podía, por supuesto, dejar de pensar en que Jimin y su madre habían vivido en Dobro. Moría de ganas de ver el poblado con mis propios ojos pero, puesto que el recuerdo de la anciana y su hijo aún atormentaba a los aldeanos, El me pidió que no los mencionara. Prometió, sin embargo, enseñarme la que había sido la choza de Pie de Bruja antes de regresar, y tuve que contener mi entusiasmo. Poco más de una hora después, llegamos a un amplio y hermoso bosque surcado por un desvío del camino. Al final del mismo, nos hallamos frente a un pozo inutilizado que marcaba el inicio de Dobro.

—¡Ya estamos aquí! —anunció El —Guía a Berz hacia la izquierda, rodeando aquellas casas. Así llegaremos a la plaza —Mi corazón latía con desenfreno conforme pasábamos las casitas blanqueadas. Era la primera vez que me adentraba en un pueblo de Voivodina y este, precisamente, era de mi interés particular.

—¿Dónde está la choza de la bruja? —pregunté trémulo de emoción.

—Está al otro lado de Dobro, al inicio de la colina. Sé paciente, tomaremos otro camino para retornar a la vía principal después de hacer nuestra venta —replicó, sonriendo. A pesar de tener más habitantes que muchos poblados de Banat, Dobro no contaba con ninguna iglesia. Los miembros de la Iglesia Reformada en Hungría, seguidores de Calvino y en su mayoría húngaros, habían logrado que un ministro se instalase en el pueblo, y este ofrecía servicios religiosos en un granero amplio que mi nana señaló. A pesar de que era un día cálido, sentí un escalofrío al llegar a la plaza. Aunque las mujeres llevaban delantales y pañuelos coloridos, y aun si había gran variedad de alimentos, hermosos utensilios dispuestos en mesones o limpias telas bordadas sobre el suelo, algo en mi interior gritaba que aquel lugar encerraba un secreto siniestro. Tiré de las riendas para que Berz se detuviera y descendí de la carreta con cautela. Aferré instintivamente el talismán blanquecino que pendía de mi cuello y lo oculté dentro de la gasa negra que cubría parte de mi cuello: sin saber bien por qué, consideré prudente no exhibirlo mientras permanecíamos en Dobro. Después de atar a Berz frente al bebedero, El y yo descargamos los dos grandes cestos que contenían los panes y quesos y nos dirigimos a un espacio vacío de la plaza —Este siempre es mi lugar —dijo El, sacudiendo la manta que habíamos llevado, sobre la cual acomodaríamos los alimentos para la venta. Las miradas curiosas no se hicieron esperar: a pesar de que una multitud proveniente de varios pueblos y caseríos vecinos se congregaba en Dobro todos los sábados, yo seguía siendo la única persona que llevaba el cabello a la vista. No quería, por supuesto, perjudicar la reputación de El, y admito que me sentí algo mortificado pero me obligué a aparentar la más absoluta tranquilidad. Los compradores usuales de El no tardaron en agruparse en torno a nosotros y, tras observar atentamente cómo se realizaban las transacciones, le pedí que me dejase atender el puesto con su supervisión. Pronto, una mujer delgada, de postura rígida y mirada fría se acercó a nosotros para solicitar un gran queso. Hablaba alemán y no štokavski, por lo que aproveché para contestarle en mi lengua natal.

—¿Es alemán? —preguntó ella con una desagradable mueca de desconcierto. Sus ojos me estudiaban con el detenimiento característico de la arrogancia.

—Austríaco —dije —Vengo de Viena.

—¡Ah! —dijo —Su atuendo no es propio de un caballero de ciudad. Lo habría tomado por un gitano si no fuese porque esos pícaros llevan trenzas y un pañuelo.

—Gracias —repliqué en parte halagado y en parte furioso al reconocer su intención de insultarme —La gente roma debe ser la más honorable de Voivodina —La mujer forzó una aguda carcajada que distorsionó los músculos alargados de su rostro. Noté que sus ojos azules se llenaban de furor.

—Su ayudante parece estar algo trastornado, señora —dijo, dirigiéndose a El —Semejante insolencia solo se ve en Dobro los días de mercado. Aquí tenemos otras costumbres.

—Así es —dijo El en alemán, el cual había aprendido en Viena —El pobrecillo está loco como una cabra, pero me es de gran utilidad. Es bueno con los animales, no teme a las bestias salvajes, y, por encima de todo, es un guía certero en mi camino.

—¿A qué se refiere? —inquirió la otra, a quien la última afirmación había tomado por sorpresa justo cuando empezaba a tranquilizarse con el discurso de El.

—¿Acaso no sabe que los locos siempre dicen la verdad? Que tenga buen día, señora —replicó con una sonrisa inocente y procedió a atender a los siguientes compradores. Puse mi mejor cara de lunático y tuve que hacer un gran esfuerzo para no romper a reír al extenderle el queso que había adquirido. Por fortuna, la calidad de los quesos y panes de El era superior a cualquier impresión que los habitantes de Dobro pudiesen llevarse de mí. Me tomó un rato darme cuenta de que un hombre vestido de negro nos circundaba lentamente. Llevaba pantalones cortos, calzas ajustadas, una banda blanca alrededor del cuello que derivaba en un par de listones delanteros y un sombrero de copa alta y tubular. Me pareció que miraba hacia mi cuello y temí que mi amuleto hubiese escapado de la camisa, pero pronto descubrí que escudriñaba mi anatomía. Le dirigí una mirada de disgusto y él, en vez de fingir indiferencia o darse la media vuelta, dijo en húngaro a una chica adolescente que estaba junto a él:

—Este hombrecillo es un claro ejemplo de lo que no consentiré en mi rebaño. Observa con atención —agregó, sujetándola por los hombros y empujándola hacia delante. Estaba claro que hablaba de mí —Dime, SoEun: ¿por qué crees que el Señor lo repudia? —Me quedé de una sola pieza. Estaba habituado a los protestantes de Viena, quienes eran civilizados o al menos prudentes y quienes distaban mucho de parecerse a los puritanos que habían sido expulsados de Inglaterra dos siglos atrás. Este era el vivo retrato de quienes habían instigado las cacerías de brujas tanto en Europa como en América, de los cuales creía ya no quedaba más que el recuerdo. La muchacha estaba aterrada. Llevaba una cofia negra sujeta por debajo del mentón, de modo que su frente y mejillas permanecían parcialmente cubiertas. Por lo demás, estaba vestida de negro al igual que el hombre, excepto que el cuello blanco de su vestido ascendía hasta alcanzar el contorno de su rostro. El se puso de pie, como una osa dispuesta a defender a su cría. A pesar de que mis fuerzas flaqueaban, me obligué a imitarla y me erguí ante el hombre, quien supuse debía ser el ministro calvinista del granero. La joven había enmudecido y no se atrevía a mirarme directamente, así que el hombre la sacudió, ordenándole que hablara con el Señor como testigo.

—No lo sé —murmuró la chica con los ojos llenos de lágrimas. Miré alrededor y, para mi asombro, la gente había preferido hacer como que no veía lo que estaba ocurriendo. Aunque un alegre grupo de hombres tocaban cerca de nosotros, la escena era lo bastante llamativa como para que algunos curiosos virasen las cabezas. Los habitantes de Dobro, sin

embargo, parecían haberse puesto de acuerdo para simular la más absoluta indiferencia. Entonces el hombre se acercó a su oído y explicó:

—Su atuendo deja al descubierto los huesos del pecado —Eso, por supuesto, jamás lo había escuchado yo, y mi asombro fue tal que mi miedo desapareció. Aunque estaba enfadado, no pude evitar preguntar:

—¿Qué huesos del pecado? —Detecté una inconfundible expresión de sobresalto en el rostro del hombre, quien de inmediato dio un paso atrás. La chica entonces se giró hacia él y susurró:

—¡Él habla húngaro! Dijiste que la gente mala no...

—¡Guarda silencio! —rugió él por lo bajo —Te lo explicaré en casa —Dicho esto, la arrastró por el brazo hasta el extremo opuesto de la plaza y ambos desaparecieron tras una de las viviendas.

—¿Qué demonios fue eso? —le pregunté a mi nana en cuanto logré recobrarme.

—Bienvenido a Dobro —dijo ella, aún temblando de rabia —Acabas de tener el placer de conocer al reverendo Shin SungRok... y a su esposa.

—¿Qué dices? —inquirí atragantándome —¿Aquella niña era su esposa? —No era poco común que algunos hombres maduros tuvieran esposas muy jóvenes, pero el reverendo SungRok debía tener más de cincuenta años, y la chica unos trece.

—Así es —dijo mi nana —Es la hermana menor de su primera esposa, que en paz descanse. Apenas empieza a amaestrar a la nueva. Llegó de Vršac hace poco más de un año —La idea de contraer nupcias con un hombre como él me indispuso, en especial después de haber percibido la secreta lujuria con que me observaba.

—¿Qué tanto poder tiene el reverendo en Dobro? —pregunté intimidado.

—Es relativo, hijo. Quiero decir, su influencia es limitada en lo que se refiere a quienes no hacen parte de su congregación, pero domina a los húngaros como si fuese su amo y señor.

—Por un momento tuve miedo, nana. Si bien me consoló que otros no se le unieran para condenarme, intuyo que tampoco me habrían socorrido si lo hubiese necesitado.

—Ya ves cómo los habitantes de Dobro fingen ignorar los asuntos de quienes no comparten sus orígenes. De ese modo han logrado convertirse en una comunidad medianamente próspera.

—Aún no puedo creer que ese hombre haya osado referirse a mí de ese modo en público.

—El reverendo contaba con que no entendieras una palabra de lo que dijo. Aun así, pudo ser mucho peor. No debes olvidar dónde estás: en el campo los pobres siempre están a merced de los ricos y las mujeres de los hombres. Eso, por no recordarte que soy serbia.

—¿Y qué con eso?

—Los húngaros nos desprecian —dijo.

—Vaya, creí que en Banat las cosas serían diferentes —suspiré.

—Lo son, hijo, lo son a veces en el mal sentido. Puede ser un lugar peligroso —replicó, y me invitó a sentarme de nuevo a su lado. Comimos pan y queso mientras terminábamos de vender lo que habíamos llevado y la tarde transcurrió sin contratiempos. Al fin, hacia las cinco, pudimos sacudir el mantel y llevar los cestos vacíos a la carreta. El trabajo había sido bastante sencillo y ya estaba aprendiendo a reconocer las distintas variaciones de dialectos štokavski. Aunque algunos de los húngaros que se acercaron a nosotros pertenecían al rebaño del reverendo, estos fueron serios pero corteses, y el hombre y su pequeña esposa no volvieron a aparecer en la plaza. Me dije que el reverendo era un cobarde.

—¿Qué tanto tuvo que ver ese hombre horrible con la huida de Jimin y su madre? —inquirí, cuando ya habíamos subido a la carreta.

—No lo sé, hijo, hay demasiadas versiones de la historia y los cotilleos no hacen más que diluir la verdad. Lo único que puedo afirmar con certeza es que todo el pueblo temía a la hechicera: la gente no necesita de mucho para odiar a sus semejantes, una diferencia insignificante basta. Ella simplemente no se parecía a nadie aquí —El indicó que debía guiar a Berz hasta el otro extremo del pueblo por un camino aleatorio que colindaba con el bosque si deseaba ver la que había sido la choza de Pie de Bruja, así que pasamos junto a los huertos traseros de las casas hasta que nos alejamos de la última lo bastante como para afirmar que estábamos fuera de Dobro. Atamos las riendas de Berz a un árbol y seguí a Branka a través de la maleza. Tras avanzar unos cuantos metros, se detuvo. Señalando hacia un punto fijo, anunció: —¡Hela allí! —Tuve que hacer un esfuerzo para distinguir el techo tras las ramas bajas de los árboles y di algunos pasos al frente pero El me detuvo —¿Qué haces?

—Voy a verla de cerca, por supuesto —dije extrañado.

—No creo que sea buena idea —dijo ella, y advertí que se había puesto nerviosa.

—¿A qué te refieres? —reí —La cabaña está abandonada, ¿verdad?

—Sí, pero, no quiero que la maldición te alcance —confesó. La miré con ojos entornados e hice caso omiso de su advertencia —¡Detente, Jungkook! —gritó —¡Escúchame!

—¡No me tardaré, nana, espérame junto a Berz! —exclamé, y corrí hacia la cabaña, saltando sobre las enormes raíces de los árboles viejos y esquivando la vegetación como mejor podía. Cuando me giré para dirigirle una sonrisa ya no la discerní más, pero no habría ganado nada regresando: estaba ante la choza de la bruja. Un costado de la casa y parte del techo estaban chamuscados como si alguien les hubiese prendido fuego y la lluvia lo hubiese apagado. Las vigas verticales que aún sostenían la pobre estructura estaban podridas y los listones horizontales estaban cubiertos de hiedra. Al ver los cristales rotos y ennegrecidos por el hollín sentí tanta lástima que rompí a llorar. Los gusanos habían invadido lo que quedaba de la cerca de madera que rodeaba la propiedad, la cual estaba a punto de colapsar por completo. Aun así, me abrí paso entre la hierba crecida para llegar hasta la puerta. Antes de atreverme a empujarla, me detuve un instante para persignarme: sabía que la maldición de Jimin no estaba dirigida a mí pero no quería traspasar el umbral sin protección divina. Las bisagras rechinaron, cediendo ante la presión de mi mano. Estaba oscuro allí dentro y no tenía una vela o lámpara, pero un tenue rayo de luz se colaba por el hueco del techo. Un ratoncillo surcó el breve espacio iluminado ante mí y me sobresalté, tropezando con un zapallo salvaje que había crecido a la entrada de la propiedad, el cual estaba oculto entre el matorral. Intenté conservar el equilibrio pero, al

tratar de aferrarme al marco de la puerta, un gran trozo del mismo se desprendió y, tras dar un par de tumbos, caí sobre el piso de tierra de la choza. Reí por lo bajo, consciente de que cualquier habitante de Dobro se lo habría atribuido a la maldición. Intenté ponerme de pie pero un rastro de hojas podridas en el suelo húmedo causó que resbalara y esta vez aterricé sobre la espalda. Me lamenté y miré hacia el techo, resignándome a haberme ensuciado y mojado en un par de segundos. Cuando estaba a punto de incorporarme, algo en el punto más alto del entramado de caña llamó mi atención. No lograba adivinar qué era, pero lo que sobresalía entre la fibra aparentaba ser un objeto rectangular. Solo alguien con una escalera podría haberlo acomodado en la parte superior del techo. Era una fortuna que el fuego no lo hubiese consumido. Busqué con la mirada algo que me ayudara a trepar hasta allí, pero no había ningún mueble en aquella choza de una sola estancia. Ahora que mis ojos se habían acostumbrado a la oscuridad del interior, comprobé que el lugar estaba completamente vacío a excepción de algunos trozos de madera y gran cantidad de telarañas de varios tipos. Sin embargo, me hice con un tablón suelto del marco de la puerta y empujé la porción del armazón del techo que sostenía el objeto hasta que esta se aflojó lo suficiente para desalojarlo. El objeto cayó pesadamente en el suelo y me apresuré a acercarme para descubrir, con indescriptible deleite, que se trataba de un pequeño cuaderno cuya cubierta de cuero verde estaba totalmente enmohecida. Lo tomé con manos temblorosas, a punto de desmayar a causa de la gran excitación que experimentaba, y salí corriendo de la cabaña en dirección al lugar donde habíamos dejado la carreta. Había oscurecido un poco y recé para encontrar a El pero, más aún, para que no estuviese demasiado enfadada conmigo. En cuanto la vi, agité los brazos en el aire, loco de alegría —¡Mamá El! —exclamé, riendo —¡Mira lo que encontré! —Su expresión de consuelo habló por sí sola. Se apresuró a ir a mi encuentro y me rodeó con ambos brazos. Tenía los ojos llenos de lágrimas y estaba temblando también.

—¡Pequeño travieso! —dijo, dándome un tirón de oreja —¡Por poco muero del miedo!

—¡Mira! —insistí, enseñándole el cuaderno.

—¡Por todos los santos! —exclamó, dándose la bendición —¿Estaba dentro de la cabaña?

—¡Sí! —afirmé eufórico.

—¡Deshazte de él! —replicó con voz de pánico.

—¿Has perdido la razón? ¡Este es el suceso más interesante de mi vida hasta ahora!

—¡Dios mío, haz que esta criatura reflexione! —rogó, elevando los ojos hacia el cielo gris —¡Debemos marcharnos ahora o no podremos distinguir el camino de regreso!

—Prefiero pasar la noche a la intemperie y retornar caminando en la mañana a dejar el cuaderno, nana —dije con toda seriedad —Además.

—¿Sí?

—Su guardián ya lo encontró, buscará quien lo perdió —sentencié, citando el refrán y esbozando una amplia sonrisa. Supongo que no dejé ninguna duda al respecto de que lo que aseveraba acerca de pasar la noche en Dobro, porque ocupó su puesto en la carreta y dijo, exhalando con recelo:

—Vamos. Trae tu cuaderno.